Felipe Santos Campaña

Traducción

EL HOMBRE MODERNO

Y LA VIDA ESPIRITUAL

F. Marx, de Taizé

ACCIÓN Y CONTEMPLACIÓN

El primer paso de la ascesis cristiana es acoger en la vida de todos los días la cruz de Jesucristo. En la persona del Crucificado, nuestra existencia, en lo que tiene de difícil o doloroso, ha encontrado un sentido y una eficacia. Pero esta actitud receptiva ante la cruz no constituye toda la ascesis. El cristiano no es invitado solamente a asumir su sufrimiento y a participar en el de Cristo, por la fe, sino también a ejercitarse en los combates que todos los días debe llevar a cabo contra las fuerzas del mal, la codicia, él mismo.

Esta ascesis activa del cristiano ha podido juzgarse a veces como una lucha mórbida contra sí mismo, contra las potencias naturales del ser humano, contra lo que Dios ha creado y que es bueno. Ahora bien, san Pablo da de la ascesis una concepción militar o deportiva que debe hacernos escapar del combate estéril de un moralismo de introversión. No es problema para el cristiano construirse una antropología dualista, en la que el espíritu y la carne, incluidos el alma y el cuerpo, estarían en lucha.

La disciplina espiritual del cristiano sólo puede ser una con su existencia. No puede tener una vida interior y una vida exterior. Tocamos aquí el drama de la vida espiritual del cristiano moderno que sufre al no poder preparar en su existencia un lugar aparte para la oración y la meditación. Al faltarle el tiempo, y al hacerse invasoras las preocupaciones, se desespera por no poder rezar mejor. En realidad, lucha contra sí mismo, busca una ley, un marco de vida interior que rompa el determinismo de su agitada vida; se agota en un combate contra su naturaleza y contra las exigencias de la vida moderna que le atosigan por todas partes.

<<Por lo demás, fortaleceos con el Señor y con su fuerza poderosa. Vestid la armadura de Dios para poder resistir las estratagemas del diablo. Pues no peleáis contra seres de carne y hueso, sino contra las autoridades, contra las potestades, contra los soberanos de estas

tinieblas, contra espíritus malignos del aire. Por tanto, requerid las armas de Dios para poder resistir el día funesto y manteneros venciendo a todos (Ef 6.10-13)>>.

La ascesis, o la disciplina espiritual cristiana es una búsqueda de fuerza, la del Señor, para un combate. Tiene por objeto no vencer a la naturaleza, la carne y la sangre, no suprimir las potencias naturales de amar y combatir, sino al contrario, emplearlas con inteligencia contra las potencias del mal, y así, evitando las asechanzas del que divide y apoyándose en la fuerza de Dios, resistir en los días malos y mantenerse firme.

LA UNIDAD DE LA PERSONA

Para describir la vida espiritual, san Pablo emplea también una forma del lenguaje sacado del deporte en el estadio (1 Cor 9.24-27). Su visión es importante para comprender la ascesis cristiana. Lo que debe chocarnos aquí es que, tanto con las imágenes militares como con las descripciones deportivas, el acento se pone en el combate que hace salir al hombre de sí mismo. Del círculo vicioso de la introversión, de la dualidad del cuerpo y del alma, de la división entre la vida interior y la existencia, el cristiano es arrancado por la ascesis que le lanza a la lucha.

Este combate le hace captar la unidad de su persona revelándose en un cuerpo a cuerpo con potencias exteriores. Si esta ascesis se llama a veces aquí disciplina espiritual, no es para oponer lo espiritual y lo corporal; lo espiritual se toma en el sentido fuerte y cristiano: la disciplina espiritual es el ejercicio al que nos lleva al Espíritu Santo.

Nuestra concepción de la vida cristiana está, desgraciadamente, dominada por la idea de una división entre el cuerpo y el espíritu. Esta concepción, importada del helenimso, tiende a dividir la existencia del hombre entre realidades de orden interior y realidades de orden físico. La Biblia no conoce esta división. Los autores sagrados conocen una separación y u combate entre Dios y el mal, el Espíritu Santo y la carne, es decir, la criatura sometida al pecado. San Pablo habla también de una oposición entre la Ley y el pecado. En la Carta a los Romanos (7), nos deja entender que para el hombre fuera de la fe, o que la ve esfumarse en él, el pecado se apodera de sus miembros y del cuerpo.

Pero él no quiere afirmar por eso que el pecado deje intacto al espíritu. Es la Ley santa la que da a entender esta resistencia al pecado contrarrestada por los miembros. Al grito desesperado del pecador que espera la salvación: <<¡Soy miserable!>>¿ Quién me librará de este cuerpo que me arrastra a la muerte?>>, la palabra responde: <<Demos gracias a Dios por Jesucristo nuestro Señor!>>. No son, por tanto, el espíritu, la razón, el entendimiento los que van a vencer y a dominar el cuerpo, sino el Señor Jesucristo. La Ley, incluso comprendida por la razón, sólo podía producir el pecado de los miembros..

La Ley creaba en la persona una división que Jesucristo anula con su gracia. Entrena al cuerpo y al espíritu, al hombre entero y uno en la obediencia a su amor. La única oposición en adelante, es la de la carne que tiende hacia el pecado espiritual y corporal y el Espíritu Santo que habita en el cristiano. El combate no se sitúa entre el cuerpo y el alma, sino entre Dios y el mal, el Espíritu Santo y la criatura que se somete al pecado (Rom 8).

La Ley santa operaba la división de la personalidad en el hombre inteligente y deseoso de obedecer, pero incapaz porque sin la fuerza victoriosa de Cristo. Esta división del ser puede persistir en el cristiano, si le se le da a la ley el lugar que ha perdido, como en el moralismo. Son muchos los cristianos que consideran siempre, en primer lugar, lo que deben hacer y lo que deben ser. Son llamados a amar a Aquél que les da el poder de amar. Y ese moralismo, esa dualidad persistente en el cristiano entre ley y cuerpo conduce a la exacerbación de las pasiones.

<<De hecho, cuando estábamos en la carne, las pasiones pecadoras que se sirven de la Ley operaban en nuestros miembros para que diéramos frutos de muerte. Pero en la actualidad hemos sido apartados de la Ley, muriendo a lo que nos mantenía prisioneros, de modo que ahora vivimos en la novedad del Espíritu y no en la vetustez de la letra>> (Rom 7).

La novedad del Espíritu cosiste en reconocer la victoria del Señor sobre el pecado y la muerte. Con esta victoria él arrastra a todo el ser humano para una resurrección total de la persona. Existe ciertamente todavía un combate entre la carne y el Espíritu, entre la criatura que tiende al pecado, la muerte, y el Espíritu Santo que lo quiere resucitar todo. Pero este combate no puede ya considerarse como una lucha interior y moral.

No se trata ya del esfuerzo del hombre que quiere con pena obedecer a una ley que lo juzga. Al contrario, al cristiano se le llama a que lleve a cabo este combate fuera de sí mismo, en el mundo. Librado de tensiones interiores por la victoria del Resucitado, sabe, sin embargo, que el combate prosigue entre Dios y el mal en el mundo. Enrolado por el Señor en la Iglesia, ya no va a postrarse ante la angustia ante la suerte d su alma, le pedirá al Señor que le dé fuerza para el combate. Puede ser tentado sin cesar viviendo según la carne, pero es toda su persona física, psicológica e inteligente la que se deja dominar por el mal.

La ascesis cristiana puede rescatarlo para someterlo de nuevo a su Señor, dándole las armas y el entrenamiento necesario para el combate.

Esta división de la persona, provocada por la ley moral en el hombre no cristiano, deseoso de obedecer a un orden espiritual o moral, la encontramos, pero con otro sentido, en la antropología inspirada en la filosofía griega. En ella no es la Ley la que suscita una tensión que dé conocimiento del pecado; pero el alma, considerada originalmente buena e inmortal, tiende constantemente a escaparse del cuerpo, su prisión, mediante la liberación filosófica y la contemplación de las ideas hasta que la muerte acabe con esta liberación.

El hombre está dividido en su misma constitución. La espiritualidad y la ascesis consistirán, por tato, en una búsqueda de equilibrio entre el alma y el cuerpo, en un dominio del espíritu sobre la materia. Este dualismo helénico es extraño a los escritores de la Biblia. Para ellos existe una unidad fundamental de la creación y del hombre. La moral legalista de la que san Pablo se hace eco, al recordarse de su período antes de su conversión, constituye una tensión dualista de la persona, pero ésta no es original o fundamental.

Esta unidad profunda de la persona humana, de alma y cuerpo, aspectos diferentes del ser humano, la que crea en le Antiguo Testamento esta unidad de valores de creación. Todos los seres tienen su significado. La materia no es, como para los Griegos, una imagen ambigua

que hay que superar para alcanzar la Idea, una pantalla ante la verdad pura. La materia creada es el lugar de un encuentro con el Espíritu. El pecado compromete este encuentro, pero la Palabra de Dios le vuelve a dar sentido a la creación y restablece los signos de la Revelación.

Estos símbolos materiales no tienen que ser superados como reflejos pálidos que falsearían la misma idea que se debe alcanzar. Tienen una relación orgánica y adecuada con el Espíritu que significan y se transmiten con la fe. Toda la creación es una. La división del interior y del exterior no existe. De este modo hasta el mismo sueño forma parte de la realidad

objetiva.

El pensamiento griego primitivo tiene este mismo sentido de la unidad de los seres. En Homero, los dioses tienen una forma corporal y son sensibles a las pasiones como los hombres; los seres viven en un mudo material con el que entablan un contacto orgánico, mundo de símbolos sensibles, no intelectualizados. Más tarde, los filósofos se sentirán molestos por esta antropología y esta teología antropomórfica. Crearán, sobre todo Platón, su teoría dualista de la materia y del espíritu, del cuerpo y del alma.

Esta filosofía influenciará a la espiritualidad cristiana y le hará perder su concepción antropológica primitiva. El cristiano es uno en los diversos aspectos de su existencia (espíritu, alma y cuerpo), y está comprometido en un combate con Cristo y la Iglesia contra los poderes del mal para una victoria en la que, mediante el espíritu Santo, toda la creación resucitará.

Esta división entre el alma y e cuerpo, el interior y el exterior lleva a un puritanismo, es decir, a la idea de que en nosotros hay zonas purificables y otras despreciables.

Ahora bien, para el Evangelio la pureza no existe cm poder en el hombre. Ella es un don del Espíritu Santo y penetra a todo el ser, de igual manera que es todo el ser el que es poseído por el pecado fuera de la comunión con Cristo. Nada es ,por tanto, despreciable e irremediablemente condenado.

Esta unidad del ser en la pureza o en el pecado, nos la recela san Pablo en la Carta a Tito: << Para los puros todo es puro; para los incrédulos contaminados nada es puro, pues tienen contaminada la mente y la conciencia. Afirman conocer a Dios y lo niegan con las acciones; son detestables y rebeldes, descalificados para cualquier obra buena>>(Tit 1.15-16).

El espíritu, la conciencia, las obras, el interior y el exterior de los falsos cristianos está todo manchado. Profesan con sus labios el conocimiento de Dios, pero no son sinceros ni puros.

Todo su ser está en la impureza. Al contrario, para los que son sinceros y puros en su adhesión a Cristo, todo es puro: su espíritu, su conciencia y sus obras.

San Pablo hace, sin embargo, una vez la distinción para el cristiano, entre hombre interior y exterior: <<Por tanto no nos acobardamos: si nuestro exterior se va deshaciendo, nuestro interior se va renovando día a día>>(2 Cor 4.16). Se trata aquí de la actitud valerosa del cristiano en las pruebas de la persecución. Su cuerpo puede ser maltratado, pero sabe igualmente que eso no aminora a su persona. El cristiano puede morir, su cuerpo puede destruirse pero cree que en Cristo su persona, aunque disminuida en su expresión visible, subsiste viva en el descanso de Dios hasta la resurrección final.

Así la distinción nos lleva aquí a lo visible e invisible; es la constatación de que si el cuerpo, expresión visible del ser, se destruye, el mismo ser puede subsistir en Cristo. Pero como el ser que se manifiesta en un cuerpo sólo forma uno con él, así se le devolverá al cuerpo su expresión eterna en el Reino de Dios.

La distinción entre hombre viejo y nuevo (Ef 4.22-24; Rom 8.6; Col 3.9-10) no es un dato que afecte a la antropología, sino a la historia del cristiano. Conocer a Cristo es despojarse del hombre viejo corrompido por las codicias engañosas, abandonar su vida pasada para revestirse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios. Es la obra del Espíritu Santo la que inspira nuestros pensamientos. El hombre viejo puede reaparecer siempre en forma de tentación y de atracción para el pecado. Pero el hombre nuevo es un hombre total yno solamente un alma pura o una vida interior, del mismo modo que el pecado del hombre viejo al reaparecer posee al ser entero.

<<El instinto tiende a la muerte, el Espíritu tiende a la vida y la paz. Porque la tendencia del instinto es hostil a dios; pues no se somete a la ley de Dios ni puede hacerlo>> (Rom 6.6-7). El cuerpo del hombre viejo - del hombre sin fe - es un cuerpo de pecado que debe morir para que cese la esclavitud del pecado. A esta muerte espiritual en Cristo, en la cruz, le sigue una resurrección total en él mediante la fe.

No se trata aquí de una física, sino de una muerte según el espíritu Santo. Por la fe en Cristo, nuestro cuerpo resucita ya y debemos <<considerarnos como muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo>> (Rom 6.11).

En resumen, la antropología cristiana, auténtica y fiel al Evangelio, no conoce el dualismo griego, la tensión entre el alma y el cuerpo, la problemática de la vida interior y la exterior. La doctrina cristiana reconoce una historia del hombre pecador y regenerado. Mientras permanezca en el pecado, sin ley, el hombre se sitúa en una vida animal y carnal. Cuando interviene la ley moral con el deseo de seguirla, se produce una división entre el espíritu humano, la razón, la voluntad, que aceptan someterse a ella, y los miembros, el cuerpo, que no pueden seguir este deseo.

El hombre viejo está, por tanto, compartido. Al tener la fe en la muerte redentora y en la resurrección de Cristo, el hombre nuevo recreado por el Espíritu Santo descubre su unidad original. Es recreado a imagen de Dios. El cuerpo de pecado pasa ya por una especie de liberación anticipada, pues es renovado por la fe y el Espíritu Santo. El hombre nuevo conocerá vueltas a la existencia del hombre viejo, tendrá que sufrir los combates de la carne y del Espíritu y del mal contra Dios. Pero esta lucha no es de orden ontológico. No está inscrita en su ser. Este combate está en su historia de hombre en marcha hacia el Reino, abandonando el mundo con su codicia. El hombre completo se considera en este combate o sometido al pecado o victorioso en la comunión de Cristo.

EL COMBATE

Este combate que constituye en el fondo la ascesis cristiana no debe, por tanto, no debe llevarnos a una lucha interior del espíritu contra el cuerpo. Sería volver a caer en el moralismo legalista que divide al ser único del hombre. La ascesis cristiana debe inspirarse más bien en las imágenes militares o deportivas de san Pablo (Ef 6.10-20; 1 Cor 9.24-27).

El combate contra las potencias del mal, - y no contra la carne y la sangre -, toma un valor objetivo y cósmico. El cristiano escapa así de una introversión angustiosa para comprometerse con su Señor, enrolado en la Iglesia para que triunfe la victoria de Dios. Su ascesis y su disciplina son las de un soldado o un atleta enteramente entregado al combate de Dios. Consiste en un entrenamiento de todo el ser para la carrera hacia la meta y la lucha contra el pecado; consiste en forjar y en revestirse con las armas espirituales. El pecado es no vigilar ni estar listo y disponible para el combate.

moderno habla demasiado, charla, bromea, y dispensa así sus posibilidades de concentración. La vida interior exige el silencio interior, fruto de la sobriedad en la palabra. Ciertamente, no es preciso excluir la alegría de la conversación y de la broma, pero un cierto dominio de sí debe permitir detener un desenfreno de palabras para encontrar el silencio interior.

Incluso en medio de una conversación animada, es posible abstraerse un instante para encontrar la presencia de Dios. Así es como se purifican nuestras relaciones con el mundo y podemos interceder por nuestro prójimo <<en el acto>>, de alguna manera.

En estos momentos de silencio dados en el transcurso de la jornada, en presencia de otros hombres, en la calle, en la oficina, en el taller..., una oración continua, como el Padre Nuestro, puede decirse interiormente en intercesión para los que están a nuestro lado. Esta aplicación del Padre Nuestro a otra persona, como la intercesión silenciosa por ella, es una forma esencial de la oración sencilla y frecuente. Una invocación una bendición, más breves, pueden fijar también esta intercesión interior: <<Señor, ten piedad de él... Señor, bendícelo... >>

Esta oración interior por el prójimo encontrado forma parte del sacerdocio real, al cual está consagrado todo cristiano por el bautismo.
<<Bendecid, puesto que a eso habéis sido llamados, a heredar una bendición>> (1 Pe 3.9). La práctica de esta oración de bendición silenciosa es una vocación para el cristiano en el mundo.

A veces, la oración experimenta la necesidad de expresarse por un gesto que compromete a todo el ser. Algunas actitudes sólo son posibles en la liturgia o en secreto de la habitación. Ponerse de rodillas juntar o levantar las manos... son gestos significativos de la intercesión, de la adoración..., pero son posibles solamente en momentos aparte para la vida de oración. Es un gesto que expresa la oración sencilla o la intención del corazón e el fuero interno de la

misma actividad del día: la señal de la cruz. Al final del siglo segundo, Hipólito de Roma se hace eco de esta práctica de la Iglesia primitiva: <<Esfuérzate en todo tiempo en santiguarte dignamente la frente, pues es el signo conocido y probado de la Pasión contra el diablo.

Si lo haces con fe, no para hacerte ver de los hombres sino para oponerlo con inteligencia como un escudo. Efectivamente, al ver la fuerza que viene del corazón, desde que el hombre revela externamente la imagen espiritual, el adversario huye, no porque tú le asustes, sino que el Espíritu que sopla en ti...>>.

Hipólito ve en la señal de la cruz una manifestación externa de la vida del Espíritu Santo en el corazón y una especie de exorcismo que echa el mal mediante la representación de la Pasión. Pero este gesto implica otros significados..

La señal de la cruz es un recuerdo de la Trinidad, se hace presente al decir: << en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo>>; significa que estamos marcados por el nombre de Dios, como su propiedad exclusiva. Es un recuerdo de la pasión de Cristo Salvador y de su cruz, que tenemos que llevar para ser dignos de su servicio. Es un recuerdo del bautismo, que hemos recibido en el nombre del Dios-Trinidad y que nos hace pasar con Cristo por la muerte al pecado y la resurrección para una vida nueva.

Es un exorcismo, por el que el Espíritu Santo expulsa el mal en sus ataques. Es una oración, en la que nos ofrecemos totalmente a Dios y en donde presentamos a nuestro prójimo a la luz bienhechora de su cruz. Esta oración sencilla en gestos y rica en sentido puede acompañar nuestra voluntad de la presencia de Dios, nuestra intercesión por los otros, nuestra intención de amor para Cristo y de contemplación de su persona. El compromete todo nuestro ser en el seguimiento de Cristo, con la fe en su salvación, con la esperanza de su ayuda. con el amor de su presencia.

Pero para eso debe cumplirse lentamente, con inteligencia y corazón, como una oración ardiente.

LA OBRA DE DIOS

Nuestra oración, sin tener que ser siempre consciente de toda su plenitud espiritual para ser verdadera y eficaz, debe, sin embargo, alimentarse de una doctrina clara. Tenemos que preguntarnos la razón profunda de la oración, su significado en el conjunto de nuestra vida cristiana.

La cuestión fundamental que se plantea es ésta: puesto que Dios conoce todo, ya que es el dueño de toda acción, y puesto que posee toda decisión, ¿cuál es la razón de ser y el sentido de la oración?

esta pregunta hay que darle una respuesta general que podremos profundizar después, y esta profundización podrá constituir una doctrina de la oración propia que alimenta nuestra vida espiritual diaria.

Dios quiere nuestra oración para hacernos entrar en su intimidad y en su trabajo. Nos concede la gracia de poder conversar y trabajar con él. Somos los obreros de Dios no solamente en el testimonio o el ministerio, sino también en la oración.

La vida de oración encuentra su razón de ser fundamental en este diálogo y esta labor con Dios, queridos por Dios para asociarnos a su vida.

Entrar en la obra de Cristo

Cristo ha dicho: << Y lo que pidáis alegando mi nombre lo haré, para que por el Hijo se manifieste la gloria del Padre>>(Jn 14.13). Toda oración cristiana se hace en nombre de Cristo, nuestro Señor.

Eso significa que por la oración estamos en comunión con el Hijo en su obra de intercesión; entramos en la obra de Cristo, en la obra del Hijo al lado del Padre.

Participamos ante todo en la obra llevada a cabo por Cristo en su encarnación

La oración nos une al Hijo de Dios encarnado, compartiendo totalmente la vida y el sufrimiento de los hombres, en su presencia en el mundo.

Esta comunión con Cristo-hombre se nos hace cercano con la oración, nos une a él en una intimidad profunda y una amistad sensible. En este contacto y esta comunión con la humanidad de Cristo, mediante la oración, nuestro corazón se abre a la humanidad entera. Comprendemos las necesidades y las penas de los hombres, las compartimos. Muy próximos a Cristo y a los hombres, encontramos las intenciones y las palabras verdaderas de la oración, que es en su forma primera, petición sencilla de ayuda junto al Maestro todopoderoso a favor de nuestros compañeros de vida.

La oración nos hace entrar también e la obra de Cristo en su pasión. De pie o postrados al pie de la cruz, estamos unidos al Hijo de Dios en su obra redentora, mediante la oración que se convierte en intercesión.

Nuestra actitud es de súplica por los cristianos para su santificación, por todos los hombres para su conversión.

En esta unión al Crucificado por la intercesión, se trata para nosotros que dejemos pasar a través de nuestra persona la obra redentora de Cristo, para que él la aplique a todos los hombres.

Cristo nos une a él en su pasión, para que su sacrificio, inscrito en nuestro cuerpo, pase a través de nuestra plegaria y nuestro testimonio. En esta forma de oración de intercesión es donde se realiza el sacerdocio real de los cristianos. Ahí, nos hacemos colaboradores de Cristo y de su obra redentora. Esta obra histórica, única en la cruz, tiende contantemente en su aplicación a todos los hombres, y nuestra intercesión es el medio privilegiado de esta aplicación.

La oración nos une a Cristo en su resurrección. Nos hace comulgar con su victoria e impone en nuestros corazones la certeza del triunfo de la fe en todo hombre. La oración adquiere aquí la forma de acción de gracias por todas las victorias de Dios. Es una

proclamación, plena de seguridad, a la que se encaminan poco a poco los que viven la oración cristiana. La acción de gracias es así una expresión de la paz del cristiano, fruto de su seguridad en el triunfo de Dios ante toda resistencia humana.

La oración nos hace participar, finalmente, en la plegaria celeste del Hijo de Dios. En el día de su ascensión, Cristo ha entrado en el santuario supremo en el que él no cesa de presentar la única ofrenda de su vida, en la asamblea de los ángeles y de los santos. Unida así al ministerio de nuestro Sumo- Sacerdote siempre vivo, nuestra oración se convierte en alabanza perpetua por todas las maravillas de la creación y de la redención, ofrenda de todos los hombres a la luz de Dios, con el fin de que se iluminen y se transfiguren en el fuego del Espíritu Santo.

La Eucaristía expresa y resume magníficamente la oración cristiana como participación en la obra del Hijo de Dios en su encarnación, su pasión, su resurrección y su ascensión, como petición, intercesión, acción de gracias y alabanza en nombre de Cristo. El Señor ha pedido a sus apóstoles y a toda la Iglesia que celebren la Eucaristía en su memorial, es decir, para proclamar su presencia real en medio de los suyos, por su Cuerpo y su Sangre, y para presentar al Padre, como la oración más urgente, todo lo que él ha hecho para la salvación del mundo.

Así la Eucaristía, memorial del Hijo en la Iglesia y delante del Padre, es la oración por excelencia en el nombre de Cristo nuestro Señor. Es nuestra perfecta participación en su encarnación, su pasión, su resurrección y su ascensión. Es nuestra petición más justa, nuestra intercesión más ardiente, nuestra acción de gracias más alegre, nuestra alabanza más gloriosa. Es por excelencia el sacrificio de intercesión, de acción de gracias y de alabanza. Por esta razón toda oración cristiana verdadera se dirige a la Eucaristía como a su fuente vivificadora.

En el antiguo Testamento, el sumo-sacerdote debía llevar un ornamento litúrgico llamado el <<el pectoral>>, cuando penetraba en el santuario. El pectoral estaba adornado con doce pedrerías grabadas; cada una llevaba el nombre de las doce tribus del pueblo de Dios. Eso es un símbolo maravilloso de la oración cristiana y de la Eucaristía, como participación en la obra del Hijo, nuestro Sumo-Sacerdote ante el Padre, como memorial de todo lo que ha hecho por nuestra salvación, con el fin de que el Padre conceda hoy las bendiciones prometidas a esta redención.

<<Así, dice el libro del Exodo (28.29): Cuando Aarón entre en el santuario, llevará sobre su corazón, en el pectoral de las suertes, los nombres de las tribus israelitas, como recordatorio perpetuo ante el Señor>>.

Cuando el sumo-sacerdote penetra en el santuario, lleva en el pecho una oración por cada tribu del pueblo de Dios; estas pedrerías grabadas son tanto oraciones que recuerdan al Señor como los nombres de sus hijos.

El pueblo de Dios, simbolizado por doce piedras preciosas, era presentado a la luz del Señor en el santuario para que se iluminara como las centelleantes pedrerías del pectoral en sus engastes de oro.

Este memorial es una presentación de su pueblo a Dios para que lo bendiga y se acuerde la Alianza en su favor. Estas piedras grabadas, en el pecho del sumo-sacerdote, simbolizan magníficamente esta <<presentación>> a dios de su pueblo elegido.

El sumo-sacerdote lleva en su corazón el peso del pueblo de Dios, lo recuerda y lo remite al Señor: y Dios se recuerda de la Alianza, la aclara y bendice al pueblo.

El memorial de la Eucaristía es un mismo recuerdo delante de Dios. Ante todo es el recuerdo de Cristo y de su sacrificio único que, como una piedra, la más preciosa de todas, brilla ante el Señor. Esa pedrería no necesita alumbrarse, pues ilumina con su fuego. Y, mientras que recuerda ante el Padre, intercesión viva, la Alianza definitiva de la cruz, ilumina a toda la Iglesia y al mundo entero.

Pero en la eucaristía Cristo no está solamente presente delante del rostro del Padre; arrastra a toda la Iglesia, su Cuerpo, en su alabanza y en su plegaria. De esta forma, todo el nuevo Israel se presenta a las miradas del Padre, en la Eucaristía. Como un nuevo pectoral, la Eucaristía lleva, con el nombre glorioso de Cristo intercesor, los nombres innumerables de todos los hijos de Dios, como grabados en millares de pedrerías ofrecidas a las miradas del Padre en viva intercesión.

En esta perspectiva bíblica, la oración aparece esencialmente como una presentación de temas, personas, acontecimientos, necesidades, a la luz y a la bendición de Dios. Las dificultades de la Iglesia y del mundo se exponen ante Dios para que el calor de su amor los disuelvan; los miembros de Cristo se ofrecen a la luz para que los cure y los fortifique. Los términos <<presentación>>, <<exposición>>, explican muy bien el sentido profundo de la oración, al unirla al memorial sacrificial de la Eucaristía, que es la re-representación sacramental del sacrificio de la cruz, bajo la mirada de Dios.

Así, la oración es sacrificial y sacerdotal: la Iglesia presenta a Dios personas y cosas para ofrecerlas a su bendición, a su fuerza, a su curación... La oración cristiana no es agitada o angustiosa: <<Cuando recéis, no seáis palabreros como los paganos, que piensan que a fuerza de palabras serán escuchados>>(Mt 6.7). L oración cristiana es comparable a la oración de Elías, << mucho puede la oración solícita del justo>>(Sant 5.16).

Los sacerdotes de Baal estaban muy agitados en su intercesión en el monte Carmelo; Elías invoca con fervor, pero con paz, y <<¡Señor, Dios de Abraham, Isaac e Israel! Que se vea hoy que tú eres el Dios de Israel y yo tu siervo, que he hecho esto por orden tuya>>. Ora al Dios verdadero, personal, creador y salvador, que lleva el nombre de Yahvé. Hace ante él el memorial de Abraham, Isaac y Jacob; se refiere a la fidelidad de los padres, de los santos de antiguo; los presenta como una recomendación y un precedente. Invocar al dios de Abraham, Isaac y Jacob, es recordar al Señor de la Alianza, su bendición y su fidelidad, el ruego concedido a las oraciones de los patriarcas. Después, fortalecido con este apoyo en la historia santa, Elías ora sencillamente: << Respóndeme, Señor, respóndeme, para que sepa este pueblo que tú, Señor, eres el Dios verdadero y que eres tú quien les cambiará el corazón>> (1 Re 18.37).

Y el Señor responde con el fuego que cae sobre el sacrificio. Así es la oración cristiana, ferviente, sencilla y apacible; fundada en la historia de la fidelidad de Dios respecto a los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires y todos los santos, la Iglesia pide sencillamente

a Dios que la escuche y le responda. Es el sentido de <<Kyrie eleison>> (Señor, ten piedad) que acentúa, desde los primeros siglos, las oraciones litánicas de la Iglesia: <<¡Oh Señor, escucha y ten piedad!>>.

Entrar en la obra del Padre

Cristo ha dicho: <<Os aseguro que lo que pidáis a mi Padre os lo darán en mi nombre>> (Jn 16.23). la oración cristiana está segura de ser escuchada, no forzosamente en el sentido exacto de su intención o de su deseo, sino en el plan y según la voluntad del Padre. Efectivamente, tenemos la promesa formal de Cristo de que el Padre escucha en su nombre la plegaria cristiana. El Padre nos da por su Hijo y en él lo que le pedimos. En toda oración, hay una respuesta, según la voluntad del Padre, a través del ministerio del Hijo en él. Toda respuesta a nuestras oraciones entra en la gran perspectiva de salvación de los hombres realizada por Cristo. Toda respuesta a nuestras oraciones tiene por fin que nos enraicemos más sólidamente aún en la comunión y en el amor de Cristo. Esta respuesta puede, por tanto, no corresponder exactamente a nuestro deseo, pero hay siempre una respuesta, para una felicidad nuestra más perfecta.

El Padre nos escucha en nombre de Cristo, lo mismo que nosotros le rezamos en su nombre. Nos escucha a causa de Cristo, a causa de la obediencia de este Hijo perfecto de Dios, que lo ha hecho todo por nuestra salvación. Nos escucha a través de Cristo, del amor de aquel que quiere sólo nuestra felicidad eterna. Nos escucha en Cristo, en la comunión de aquel que quiere unirnos siempre más a él.

Esta escucha de nuestra oración en el nombre de Cristo, es decir, a causa de su obediencia mediante su amor y en su comunión, es también una escucha en la Iglesia. No estamos solos rezando y no estamos solos cuando somos escuchados.

Es preciso que todas las oraciones se unan en la oración de la Iglesia llevada por el Hijo ante el Padre. Hace falta también que todas las escuchas coincidan y concurran para el bien y la salvación de todos.

Dios nos escucha, pues, a causa de la Iglesia, a causa de la oración de todos los santos de todos los tiempos, porque esta oración se hacía en nombre de Cristo, en su comunión y para su gloria. Dios nos escucha a través de toda la Iglesia, de todos fieles que forman sólo un cuerpo; Dios escucha al Cuerpo de Cristo y no solamente intenciones individuales. No soy escuchado para mí solo y para mi felicidad individual, sino en función de la comunidad cristiana que me rodea, en función de toda la Iglesia.

Aquí nos encontramos con el misterio de la escucha aparente de ciertas oraciones en nombre de Cristo; en realidad, su escucha se nos escapa, pues es la escucha de la intención común de los fieles, y no la respuesta que corresponda exactamente a una intención individual. Una oración aparentemente no escuchada recibe su escucha en una respuesta de

Dios a toda la comunidad cristiana; pues Dios quiere el bien más grande de todos, y no solamente la felicidad de un individuo. Dios nos escucha en la Iglesia, en la comunión de todos los hermanos en Cristo. El no nos escucha fuera del Cuerpo de Cristo, como individuos separados, para nuestra felicidad o nuestro placer personales.

Dios escucha a Cristo, al Cuerpo de Cristo, a la Iglesia, a la comunión de los santos, y, en esta comunión, todas nuestras oraciones en el nombre de Cristo reciben una respuesta, para la felicidad y la salvación de todos.

Entrar en la obra del Espíritu

Cristo ha dicho: <<Pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa>>(Jn 16.24).

La escucha de toda oración en nombre de Cristo tiene por fin la alegría en plenitud, la alegría en el espíritu santo y en la Iglesia, la alegría de su Reino. Dios responde así a nuestras intenciones de oración, en el sentido de nuestra petición o en el sentido más verdadero de su voluntad de amor, y esta respuesta es siempre para hacernos llegar a una mayor alegría.

La alegría en plenitud, es el don o la renovación del Espíritu santo. Por el fuego y la luz del Espíritu Santo, el Padre quiere inflamar e iluminar nuestro corazón y nuestro espíritu, pues es en este ardor y en esta claridad en donde nuestra alegría será completa, sean cuales sean las dificultades de nuestra existencia.

El Espíritu Santo que se nos ha dado en el origen de la fe en nosotros, en el bautismo de agua y de Espíritu, se nos renueva constantemente, con la escucha de la Palabra de Dios, en la vida sacramental y en la oración. No se nos vuelve a dar, está siempre con nosotros, pero necesitamos que nuestro ser completo se someta a su dirección. La renovación del Espíritu en nosotros, es la sumisión renovada, cada vez más dócil de nuestra persona a la presencia fiel del Espíritu Santo en nosotros.

La escucha de todas nuestras oraciones por el Padre, es finalmente la renovación del Espíritu, alegría perfecta y hacernos más atentos y obedientes al Espíritu Santo en nosotros.

Podemos pedir en nombre de Cristo, con la seguridad de recibir, no siempre exactamente el objeto de nuestras peticiones, pero siempre y con seguridad la verdadera felicidad, la alegría en plenitud: la certeza vive en nosotros y nos conduce.

Más aún que un fruto de la escucha de nuestras oraciones, el Espíritu Santo es el Consejero que reza con nosotros y en nosotros, como lo afirma san Pablo: << De este modo el Espíritu socorre nuestra debilidad. Aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inarticulados. Y el que sondea los corazones sabe

lo que pretende el Espíritu cuando suplica por los consagrados de acuerdo con Dios (Rom 8. 26.27)>>.

Así Dios está en el origen y en el fin de nuestra oración. Es él quien nos da el deseo y quien incluso nos inspira las intenciones por obra del Espíritu Santo; el que viene en socorro de nuestra debilidad en la vida espiritual, él intercede por nosotros y nos une así a Cristo, nuestro intercesor junto al Padre. Dios nos escucha, y al responder al Hijo y al Espíritu, nos conduce a la alegría completa: la renovación de nuestro corazón en el fuego del Espíritu Santo.

La vida de oración nos hace entrar así en el círculo eterno de las relaciones del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la vida de Dios-Trinidad. Nuestra debilidad llama al Espíritu Santo, que viene a inspirarnos la vida de oración y a unirnos así al Hijo; el Hijo presenta al Padre las oraciones en su nombre de todos los cristianos, de todos los santos, de todo el Cuerpo de la Iglesia, en su eterna intercesión, en el memorial perpetuo de su sacrificio único; el Padre escucha esta oración del Hijo reuniendo todas las oraciones, inspiradas con la ayuda del Espíritu Santo: él da por excelencia a todos la renovación del Espíritu, la alegría en plenitud, la alegría del Reino, que revelará a los hombres la victoria de la cruz y de la resurrección, y les llevará finalmente a la salvación. ¿Quién se resistiría a esta alegría suprema y entrar así en la vida y en la obra de Dios mediante la oración?

EL SUFRIMIENTO COMO ORACION

El cristiano no puede desear una vida espiritual que lo arrancase del mundo y lo dispensara de llevar las cargas de los otros. Los mismos monjes, en su ascesis y su intercesión, comparten las dificultades de los hombres sus hermanos.

Una vida espiritual verdaderamente cristiana está enraizada en las condiciones del mundo actual. La oración es auténtica si a la adoración de Dios une la intercesión por todos los hombres que sufren.

Y sobre todo, una vida espiritual es verdadera si conoce las dimensiones del sufrimiento humano, si lleva el sufrimiento de los otros ante Dios, si conoce el sufrimiento como una experiencia compartida con Cristo y todos los hombres.

El sufrimiento cristiano es una forma de la oración, abre a la intimidad del Crucificado, participa en el sacrificio único de la cruz para la liberación de todos los hombres.

Conviene, pues, comprender cómo integrar el sufrimiento humano universal en una vida espiritual que quiera ser auténtica y actual.

LA ESPINA EN LA CARNE

El **Señor de la vida y de la muerte se ha revelado en Jesucristo como un Dios que no toma partido por el desorden de la creación. Cristo quiere nuestra liberación y nuestra curación. Sus milagros, que en el Evangelio afirman su poder soberano en la naturaleza y en el cuerpo, significan material y exteriormente la liberación que aparece en el Evangelio.**

En la curación del paralítico, Jesús manifiesta el signo de su poder de absolver y librar del pecado al levantar al enfermo.

La confesión del pecado, el perdón, la absolución y la curación están íntimamente relacionados:" Confesad vuestros pecados los unos a los otros, y orad los unos por los otros, a fin de que os curéis" (Santiago 5,16).
Es el Resucitado, siempre vivo en su Iglesia, quien, mediante ella perdona y cura.
Nuestra resurrección total comienza desde esta vida y se manifiesta en nuestra libertad interior- adquirida o conseguida por el perdón y por la curación del cuerpo, y reencontrada en el ministerio de la curación.

De este modo, el cristiano no debe aceptar la enfermedad y el sufrimiento con una actitud de resignación que tiene el riesgo de ser un signo de fatalismo o de desesperanza. Tampoco debe aceptar el sufrimiento del pecado, manifestado en el poder del mal en la creación de Dios.

Debe siempre ser exhortado al combate con Cristo contra los poderes del mal que buscan que disminuya su libertad espiritual así como su salud. Si coge la enfermedad, debe verla como un ejercicio de paciencia. Este término, en su misma etimología, encierra a la vez la idea de una espera, de un dolor, de una pasión en el sentido en el que se habla de la pasión de Jesucristo.

El creyente debe sostenerse durante este tiempo mediante la paciencia que implica su enfermedad por un conocimiento claro del sentido del sufrimiento cristiano.
Sin embargo, si Dios quiere que seamos librados de la enfermedad, su designio misterioso es el que nos mantengamos en un estado de debilidad o de inferioridad debido a nuestra naturaleza de persona herida por la vida.
La debilidad o la enfermedad de nuestra naturaleza de personas pueden ser así medios para glorificar la fuerza de Dios.

En la segunda epístola a los Corintios (12.7-10; 13.4), san Pablo nos hace partícipes de una dificultad de la que él ha sido víctima en el transcurso de su ministerio. Después de haber revelado el éxtasis con el que Cristo lo ha honrado, declara: " Y para que la excelencia misma de estas revelaciones no se me suban a la cabeza, me ha clavado una espina en la carne, un ángel de Satanás encargado de abofetearme".

De igual modo que nos enseña el contenido de estas revelaciones místicas, el apóstol silencia la naturaleza de este aguijón. Quizá algunos de sus contemporáneos hayan conocido su enfermedad, pero debemos ver en nuestra ignorancia actual respecto a esta tema una voluntad providencial del Espíritu Santo para que se nos permita encontrarnos los unos y los otros En esta situación.
Por otra parte, es una advertencia a algunos que podrían complacerse en el relato renovado siempre de sus dolores. Fuera de la confesión y de la dirección espiritual de un compartir fraterno con uno o dos íntimos, la re revelación de nuestras debilidades no es útil sino que puede ser dañina.

Hay que salir de dudas acerca de suposiciones sobre la naturaleza del aguijón de san Pablo.
Pensamos que esta suposiciones no pueden acercarnos a la verdad histórica, sino que nos pueden permitir encontrarnos todos en las mismas circunstancias espirituales que el apóstol.
Se ha llegado a ver sufrimientos espirituales debidos a la persecución, a la inquietud por mantener a los fieles en la fe, o a la tristeza de no poder convertir al pueblo de Israel.

Otros han supuesto que eran luchas de orden moral y un sufrimiento provocado por repetidas tentaciones.
Finalmente, algunos creen en un dolor de orden físico, como una enfermedad de los ojos que le impedían el ejercicio de su ministerio. El misterio continúa y no podemos solucionarlo, sino es pensando que se trata de un misterio providencial.

Podemos encontrar tal debilidad, enfermedad, situación irremediable como semejante a este aguijón de san Pablo y aceptarlo como una enseñanza para nuestra vida espiritual todo cuanto se nos dice.
La manifestación más cruel de nuestra debilidad humana ineluctable es el sufrimiento que nos une a la muerte.

Toda persona cuya sensibilidad está bien equilibrada, se tropieza con la realidad de la muerte. La terrible certeza de la muerte es el sentimiento más

agudo de nuestra debilidad humana. Esta herida marca nuestro corazón de una melancolía que solamente encuentra su paz en la oración y en el amor de Jesús, fuente de todo consuelo. El duelo es una espina cruel cuyo dolor persiste largo tiempo, fuente de angustia y de tristeza...

El hombre debe acoger en su ser una disminución física, huella definitiva de la enfermedad o herencia del nacimiento. Nada, ni nadie, podrá devolverle la fuerza o su uso. Aguijón en su carne de la incapacidad, de la deformidad, de la disminución de su ser físico...

Alguien ha perdido el amor del ser al que se había entregado definitivamente en el matrimonio. Ha debido aceptar, sufrir la separación. Y sin embargo, continúa amando a pesar de la infidelidad; no se convierte en un desapego o ruptura; ha perdido su libertad. Hace mucho tiempo esta espina en la carne lo unirá a un ser que ha querido separarse de él/lla...

Un hombre se da cuenta en el transcurso de sus estudios de que no es capaz de seguir en la carrera que deseaba, sufre por su fracaso y por su desorientación. Sus días siguientes y años, caerán sobre él como un tormento por no haber llevado a cabo sus ambiciones: aguijón en la carne...

Un estado depresivo debido a un complejo de abandono o de culpabilidad puede constituir una espina dolorosa. Una cura psicoterapéutica no será ya eficaz y será preciso vivir, existir con la impresión irreal en el corazón deque ya no es amado como se debiera, sentirse menospreciado, juzgado y acusado.

Ciertamente la razón se convencerá fácilmente por lo contrario, pero el cuerpo extraño del nerviosismo, que desdobla a la persona, permanecerá como una espada clavada en el alma.

Finalmente, el cristiano deseoso de llevar a Cristo a su prójimo se tropieza con toda clase de dificultades de poder ser testimonio en un mundo que le es hostil, indiferente y mundano. Espina en la carne de aquel que se da cuenta de que las promesas de Cristo lo acompañan incluso en las persecuciones.

La tentación de quien se da cuenta de sus enfermedades o de las imposibilidades de la vida, le entra la rebeldía, la amargura, el endurecimiento. ¡Cuántos seres heridos así en la existencia, y con el corazón dolorido, corren el riesgo de rebelarse o de endurecerse!

Rebelión de aquel que no quiere aceptar la prueba a la que no encuentra sentido, o el endurecimiento de aquel que piensa que es mejor resistir a los asaltos de la tentación y olvidarse en seguida de la depresión.
La debilidad que constituye el aguijón de la carne es una llamada insistente a la pequeñez y a la enfermedad del hombre. Para impedir que se enorgullezca, Dios mantiene en san Pablo su espina como un aguijón de humildad. Dios combate contra nuestro orgullo humano o espiritual.

La oración es nuestro único recurso que nos evitará caer en la rebeldía o de endurecer el rostro. Oración insistente.
"Respecto a esto, he rezado por tres veces al Señor para que alejara de mí este aguijón, tres veces, como Jesús en el Huerto de los Olivos, con ardor y fervor, en la angustia y en el decaimiento. El Señor puede escuchar literalmente la oración del justo, como la de Elías, pues tiene un gran poder. Pero puede tener a la vista una alegría mucho más perfecta.
"Pedid y recibiréis para que vuestra alegría llegue a su plenitud" (1 Juan 16.24).
Hay una respuesta a toda oración fiel y justa, pero no necesariamente en el sentido que se presiente. De todas maneras, Dios da a cambio todo y el cristiano recibe, sin saberlo a veces, en la oración todo aquello que lo hace feliz..
"Si mantenemos todas estas cosas, decía san Francisco a su hermano León respecto a las persecuciones, con paciencia y alegría- pensando en las penas del Señor bendito-, debemos compartirlas por amor. Ese es el fin de la alegría perfecta".
El que vive en el espíritu de oración incesante, puede estar seguro de llegara a la alegría perfecta, incluso en lo más duro de las persecuciones o del sufrimiento.

El Señor respondió a san Pablo:" Te basta mi gracia: pues mi poder se demuestra en la debilidad".
Si nos contesta así somos felices. Si él nos da a conocer que nuestra oración incesante, debemos importunar a Dios a favor nuestro.

La solución estará en que sepamos dominar nuestra debilidad, en que renunciemos a la rebeldía o a la dureza. A la huida de Dios. Nuestra victoria más grande, son nuestras debilidades y enfermedades. Son ellas las que nos santifican en lugar de hacernos caer. Acoger con gozo el aguijón de nuestra carne, no es capitular ante los poderes del mal, sino por el contrario confesar que el Todopoderoso las domina y las obliga a que sirvan para su gloria.

La gracia de Dios nos basta. No hay nada mejor que la sonrisa llena de amor de un que ama y es amado. Ahora bien, nadie nos ama más que Jesús y no podemos amar a nadie mejor que él. Nuestra satisfacción plena y completa se encuentra en la gracia de Dios que es la mirada amante y la sonrisa bienhechora de Jesucristo.

"Mi poder, dice Dios, se muestra en la debilidad". ¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo la debilidad pude convertirse en fuerza?

El hombre fuerte, poderoso, inteligente y rico es un signo de la grandeza posible de la humanidad. La fuerza humana se transforma en gloria para el hombre. De los que son fuertes por su naturaleza, no lo son por la gracia de Dios. SE ven más bien sus cualidades, su formación, su suerte y todo deviene para su gloria personal. Por eso se dice de los ricos que es muy difícil que entren en el Reino de los cielos. Más difícil que un camello entre por el ojo de una aguja. Ellos se atribuyen a sí mismos todo lo que tienen: a su esfuerzo, a su voluntad, a su riqueza. Todo esto les impide dar gloria a Dios, puesto que dependen de sus bienes y no tienen en cuenta a Dios, tema central de la fe.

El justo, que no conociera la debilidad o la tentación, correría el riesgo de atribuirlo todo a su buena conducta y de convertirse en un absoluto. Está satisfecho de su salud espiritual y no es capaz de soportar una enfermedad. "Desde lo hondo a ti grito Señor: escucha mi llamada". Tiene el valor de atribuir a su obediencia la paz en la que se complace.

Ahora bien, Cristo no ha venido para los que no tienen necesidad de médicos, ni para los justos, sino más bien para los enfermos y los inquietos. El orgullo espiritual es el pecado por excelencia de quien querría escapar de los dolores de la espina, necesaria para la verdadera humildad. Querer escapar de la debilidad, ser fuerte en el sentido humano, es cerrar los ojos a la existencia del mal.

Ahora bien, el combate espiritual exige que miremos a nuestros demonios enfrente y que los venzamos para dar gloria a Dios y para que reconozcamos nuestra debilidad, enfermedad y tentación, siempre inminentes.

El hombre débil y desamparado se da cuenta de que no puede nada por sí mismo: no es ni fuerte, ni poderoso, ni inteligente, ni rico... Si posee alguna esperanza, amor, alguna alegría es de Cristo de quien los ha recibido.

"¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te vanaglorias como si no lo hubieras recibido?" (1 Corintios 4.7). Estas palabras de san Pablo el cristiano se las aplica a sí mismo a propósito de cada victoria y de cada alegría.. Por el hecho de que conoce su debilidad, sus limitaciones e imposibilidades, por eso mismo se lo atribuye todo a Cristo.
La debilidad se convierte en una prueba que le reporta porque sólo puede venir del Espíritu Santo que habita en él.
El poder de Dios se despliega en la debilidad. Nada puede ocultar que es Dios quien ama a sus amigos.

Después de todo esto, ¿querríamos escapar del oprobio de Cristo?¿Nos atreveríamos a quitar la cruz de nuestra vida? ¿Querríamos ser fuertes, poderosos, sabios, ricos según el mundo? ¿Desearíamos a toda costa que esta espina clavada en nuestra carne como un cilicio se nos quitara y peder la unión con Cristo paciente y humilde?

" Me glorío de mis debilidades para que el poder de Cristo descanse en mí". Gloriarse de sus debilidades es encontrar el honor, la alegría, el resplandor. Nuestra debilidad se convierte en nuestro honor, nuestra alegría y nuestra luz siempre y cuando dejemos que sea Dios quien despliegue su fuerza en nosotros. Por nuestra propia cuenta no podemos actuar de modo eficaz.

Es un honor haber sido elegido por el Creador y Salvador para trabajar en la obra divina.. Y lo hace Dios con tal de que no pongamos obstáculo a su obra poderosa.. No quiere que nos atribuyamos lo que sólo él puede hacer de nuestra debilidad. El hombre débil experimenta que solamente la presencia de Cristo en él es la que lo capacita para aceptar su propia debilidad.

El ser débil tan sólo puede reflejar una luz que no es la suya. No radica en él la fuente de una potencia espiritual. Lo único que puede hacer es transmitirla. Actuando así, no es obstáculo para que el resplandor de Cristo brille en él. La transfiguración se lleva acabo con la luz del Espíritu Santo.
La debilidad humana atrae por consiguiente el poder de Dios, y el de Cristo descansa en los corazones débiles, en los pobres según el Espíritu...

Ciertamente el peligro del masoquismo acecha al cristiano que quiere acoger el sufrimiento como una ascesis y gloriarse de su debilidad. No es preciso buscar nunca el sufrimiento, la persecución o el martirio. Es la enseñanza de la Iglesia primitiva.

Una aceptación verdadera y positiva del sufrimiento estará a menudo precedida de un combate con Dios, quizá incluso de un movimiento de rebeldía.. Es toda una garantía de salud. No hay que quedarse ahí, sino que esta lucha con el Angel del que se sale herido como Jacob, es una garantía de equilibrio en el sufrimiento y en la ascesis.
Una aceptación demasiado fácil podría esconder un deseo malsano del dolor, de la tristeza y finalmente de la compasión de los demás. Hace falta, como Job, rechazar el consuelo de sus amigos y luchar con la oración para sumir de forma equilibrada el sufrimiento como ascesis.

Podría haber también un gusto morboso por el sufrimiento con una práctica insuficientemente esclarecida de la ascesis cristiana.
Las naturalezas depresivas están particularmente amenazadas por esta tentación. El criterio de equilibrio residirá en la alegría que debe presidir siempre a la ascesis. El cristiano no se quejará, ni buscará ser consolado sino más bien intentará consolar, ser comprendido mejor que comprender, ser amado antes que amar.

Su sufrimiento, aceptado como una ascesis, no será para él un complejo de persecución, sino que lo verá como un arma inofensiva, como Dios contra el mal y contra el pecado que existe en el ser humano.
No tiene derecho a quejarse en las debilidades, en los ultrajes, persecuciones, angustias puesto que cuenta con Cristo.

Sufrir por Cristo es aceptar las consecuencias de la fe en él y el amor por él. Estos son los que le conducen al sacrificio del "yo", al olvido de sí mismo;
Es regocijarse de que todo cuanto sucede a un cristiano en la vida le confiere el honor de seguir a Jesús en su pasión, llevando la cruz con él; es creer en fin que hay una eficacia de este sufrimiento en la comunión con el Crucificado, en el Cristo total, que comprende a la Iglesia y a todos los cristianos; nuestra intimidad con el Salvador en la cruz nos permite interceder más insistentemente por ellos.

No tenemos que complacernos en nuestras debilidades personales sino en las de Cristo en nosotros; revivimos en nuestra existencia los ultrajes y las persecuciones del Salvador. "Jesús empezó a sentir tristeza y angustia. Entonces le dijo: Mi alma está triste al morir; permaneced aquí y velad conmigo... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?")Mateo 26.37-38; 27.46).

En él somos débiles porque ha sido crucificado en su debilidad (2 Corintios 13.4). Nos alegramos de esta debilidad que es la nuestra porque ha sido la suya, somos felices de ser hombre como él lo ha sido en su carne, en su debilidad y en la cruz.

Los primeros mártires cristianos tenían una conciencia aguda de esta unión con el Crucificado. En la carta de los cristianos de Lyon, se dice de Blandine que " ella no sentía nada de lo que le sucedía a causa de su esperanza, de su adhesión a la de y de su conversación con Cristo".
En la Pasión de las santas Perpetua y Felicidad, el narrador dice a ésta. Mientras estaba en la prisión: " Ahora soy yo quien sufre lo que sufro; en el anfiteatro habrá otro en mí que sufrirá por mí porque yo también sufriré por él."

La debilidad y el sufrimiento deben acogerse como aguijones de nuestra vida interior, constituyen una ascesis receptiva y positiva; el cristiano no tiene que buscarlas, sino aceptarlas con alegría y hacer que sirvan para la gloria de Cristo y edificación de su Cuerpo, la Iglesia.

"Mi gracia te basta, pues mi poder se centra en la debilidad". Esta es la respuesta del Señor a nuestra oración por la curación de nuestra naturaleza enferma, por el equilibrio de nuestra alma atormentada o inquieta. Dios no quiere forzar esta paz a la que aspiramos tanto, que bien podría ser un sueño espiritual.

Dios no quiere hacer de nosotros animales. Desea que un aguijón esté constantemente presente en nuestra carne para que sepamos que su salvación no es la felicidad y el confort, sino la alegría y la compasión. Nos basta su gracia; por ella somos vencedores del dolor en una consagración más total, un sacrificio de nosotros mismos renovado, un trabajo asiduo y una oración disciplinada.

LO QUE FALTA A LOS DOLORES DE CRISTO

Si es verdad que la pasión de Cristo nos revela dolorosamente nuestro pecado de hombre que él ha mandado morir, la cruz es también para nosotros el signo de una victoria formidable y única contra el mal, el pecado y la muerte.

Por la cruz, los poderes de las tinieblas son aniquilados y no podemos ya nada por los siglos de los siglos.

Siempre, por más bajo que hayamos caído, nos basta invocar y evocar al Crucificado, para que los demonios que nos poseen, sean violentamente expulsados. De la proclamación de la muerte de Cristo emana una fuerza y una alegría sobrenaturales.
La resurrección de Cristo no es solamente la réplica gozosa de la dolorosa pasión de Jesús, sino que ella está ya presente en los acontecimientos de nuestra semana santa. Jesucristo ha si ya transfigurado ante la pasión y en presencia de Pedro, santiago y Juan; se ha aparecido en la montaña del Tabor entre los dos grandes resucitados de la Antigua Alianza, Moisés el patriarca, Elías el profeta.

La Iglesia sabe que Jesús resucitará a los tres días. Podemos encontrar nuestra alegría en la pasión de Cristo, victoria de Dios y victoria nuestra contra el pecado, el mal y el dolor.

San Pablo escribía a los Colosenses: "Ahora encuentro mi alegría en los sufrimientos por vosotros y completo lo que falta en mi carne a los dolores de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia". (Colosenses 1.24).
San Pablo, encarcelado por causa de su predicación fiel, sufriendo todos los sufrimientos físicos y psicológicos de una cautividad, privada sobre todo de ejercer su ministerio, encuentra su alegría al menos, no por una alegría ficticia suscitada artificialmente por una aceptación pasiva de su destino.

Efectivamente, Pablo se siente feliz por anunciar el Evangelio a los paganos. El Señor lo había llamado para eso en el camino de Damasco.
¿Por qué permite que se arreste así?
El Ilogismo de Dios que llama a su apóstol para proclamar el Evangelio y que lo detiene en su ministerio, dejándolo que lo encarcelen en donde no podrá ya desplegar toda su actividad misionera.

¿Por qué esta locura?... Sería útil que fuese libre para recorrer el mundo, y sin embargo, lo vemos de prisionero. ¡Cómo nos gustaría organizar nuestra vida un poco mejor para hacer frente a los sucesos que nos vienen a menudo para echar por tierra todos nuestros proyectos y esperanzas!

Pero san Pablo ha descubierto el designio misterioso del Señor y está supercontento.
También nosotros con él, podemos descubrir el pensamiento secreto de Cristo respecto a nosotros.

¿Por qué estamos enfermos, siendo así que con la salud podríamos trabajar mejor para Dios? ¿Por qué estamos angustiados, atormentados, neurasténicos, tímidos, siendo así que equilibrados podríamos servirle mejor?

¿Por qué estamos apegados a tantos lazos afectivos, pasiones de este mundo, mientras que libes, seríamos más útiles?
¿Por qué se nos paran todos los proyectos, las esperanzas, las ambiciones con todos los fracasos de nuestra vida, siendo así que con nuestro éxito podríamos glorificarlo?...
San Pablo ha encontrado el secreto de Dios en su sufrimiento, al igual que nosotros podemos descubrirlo en nuestras dificultades.
Nos podríamos gozar con el apóstol. Efectivamente, lo sabemos muy bien, cualquiera que se nuestra situación humana. Si hemos resucitado con Cristo, tenemos que estar infinitamente dichosos, pues el Señor sólo quiere que nuestra alegría sea perfecta.

Para comprender cómo san Pablo puede afirmar que él completa los dolores de Cristo, hace falta captar su pensamiento que no es otro que su relación entre Jesús y nosotros, entre Cristo y su Iglesia.

Si tenemos de Jesús sólo un conocimiento histórico, si nuestra fe es sólo una vuelta al pasado bíblico, no podemos captar lo que el apóstol quiere decirnos. Incluso nos escandalizamos por esta pretensión de completar los dolores de Cristo. Ahora bien, podemos aprender de san Pablo que nuestra fe, fundada en la Revelación bíblica, se adhiere a la certeza de que Cristo victorioso y resucitado siempre está vivo y glorioso intercediendo en nuestro favor.

Esta intercesión actual del Resucitado no contradice el hecho de que, Crucificado, ha cumplido con todo para nuestra salvación. Esta intercesión en la gloria prolonga simplemente el acto único de nuestra redención en el Calvario. Se atribuye y se aplica a cada uno en particular, hoy, lo que hizo una vez en el Gólgota por todos nosotros.

Más aún, Cristo resucitado no actúa sólo en la gloria en nuestro favor, sino también en la tierra por medio de la Iglesia, su Cuerpo, el instrumento de su obra en el mundo hasta el fin del mundo.

La Iglesia no trabaja independientemente de Cristo. Trabaja y actúa por él, así como cada miembro que la compone. Jesús es la Cabeza de un Cuerpo que es la Iglesia y de la cual somos miembros.

Cuando san Pablo habla de Cristo, lo entiende como el Cristo total, Jesucristo glorificado a la derecha del Padre y la Iglesia triunfante en los cielos y militante en la tierra. Cuando el apóstol dice que él completa los dolores de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia, lo ve como un todo: Cristo y la Iglesia, la Cabeza y el Cuerpo.

Santo Tomás de Aquino escribía a propósito de este texto:" Hay que comprender el pensamiento del apóstol: Cristo y la Iglesia forman una sola persona mística, cuya cabeza es Cristo y el Cuerpo todos los justos".

Y Calvino escribe también: "Por lo demás, sabemos que existe una unidad tan grande entre el Jefe y los miembros, que el nombre de Cristo comprende a todo el Cuerpo".
De este modo no existe una acción, hoy, de Cristo independientemente de la Iglesia, ni de ésta sin Cristo. Si no, la palabra de san Pablo sería escandalosa: pretender que un cristiano, miembro de la Iglesia, puede completar la obra de Jesucristo.

Es en Cristo en donde san Pablo completa los dolores de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia; es decir, que es Jesucristo, actuando siempre en la Iglesia, su Cuerpo, y en cada uno de sus miembros, cómo él completa hoy por ellos- san Pablo y cada uno, lo que falta a la medida de sufrimiento que debe soportar el Cristo total: el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, en unión con la Cabeza, Jesús glorificado.

Si Jesús lo ha cumplido todo por nosotros muriendo en la cruz, si no podemos añadir nada a su sufrimiento redentor, existe una voluntad secreta de Dios de que este sufrimiento repercuta en nuestra carne. Hace falta que la Iglesia, que es la humanidad actual en la tierra de Jesús glorificado, que yo que vivo en Cristo por la fe, el Evangelio, el bautismo y la eucaristía, todos estemos unidos a él en su muerte.

Debemos leer el texto así: "Completo lo que falta en mi carne a los dolores de Cristo". No falta nada a los dolores de Jesucristo en sí mismo; como Redentor lo ha cumplido todo. Pero es preciso que lleve en mí su muerte.
Falta en mi carne algo, mucho, infinitamente para que me dé cuenta de esta conformidad perfecta con él. Toda mi vida tendrá que reflejar en mi corazón, en mi carne, la imagen de Jesús crucificado.

Como escribe santo Tomás:" Lo que falta a la pasión de Cristo, es decir a la Iglesia entera de la que Cristo es la Cabeza, es que yo termine, añada mi medida en mi carne sufriendo yo mismo o pasando por los sufrimiento que faltan a mi carne: lo que sufrió Cristo. Calvino afirma: " Como Cristo ha soportado una vez en sí mismo, así lo sigue haciendo en cada uno de sus miembros.

¿Por qué este sufrimiento? ¿Qué utilidad pueden tener nuestras enfermedades, dolores, penas, tristezas, angustias, soledades si sólo es redentor el sufrimiento de Cristo, el único que nos salva? ¿Por qué debemos llevar en nosotros la muerte de Jesús? ¿Por qué esta conformidad con su pasión, si estamos resucitados? La cruz de Cristo debe proclamarse en el mundo, no sólo de palabra, sino también con actos. Dios quiere que seamos una predicación viva del Señor crucificado y resucitado. Si, como san Pablo, no queremos saber otra cosa de Jesús si no es el Cristo crucificado, es necesario que vivamos eso en todo nuestro ser.

No solamente en nuestro espíritu, mediante una meditación asidua y profunda de la pasión de Jesús, sino en nuestra alma y en nuestro cuerpo con ultrajes, persecuciones, aflicciones...por Cristo.
Hace falta que la duración de la vida, la sintamos en todas las fibras de nuestra alma; también en nuestro cuerpo aceptando la debilidad de nuestra naturaleza y los ultrajes que puede experimentar en el transcurso de la enfermedad.
Como san Pablo tenemos que llevar en nuestro cuerpo los estigmas de Jesús.

Por todo eso, Jesús nos asocia a su pasión, nos coloca en el Calvario al pie de la cruz con María su madre y su amado discípulo. Estos dolores, reencontrados en nuestra vida cristiana, dura y laboriosa, nos da una intimidad muy especial con Cristo, Estamos muy cerca del Crucificado, penetramos en el misterio doloroso de su abandono y su muerte, y nos convertimos en testigos vivos y poderosos de su pasión: entonces comprendemos a los hombres en sus múltiples sufrimientos, estar cerca de ellos, no sólo con palabras, sino con actos, amigos totales de compasión, ricos en consuelo y desbordantes de afecto; compartimos su dolor como el de Cristo. ¿Nos gustaría estar exentos de sufrimientos hoy día? No. Es en el dolor nuestro soportado por el Cristo total en donde encontramos nuestra alegría.

Pero, ¿qué podemos hacer por todos esos hombres que sufren en el mundo y que ni siquiera conocemos? Si somos testigos para nuestro prójimo, sufrir con él y consolarlo en Cristo.

Tocamos así un segundo sentido del sufrimiento cristiano. No es sólo una predicación viva de la cruz aquí, sino también una intercesión por todos los hombres del mundo entero.

Para comprender el sentido del sufrimiento del cristiano por los demás, hay que darse cuenta primeramente de que es un miembro del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia. San Pablo escribe a los Colosenses diciéndoles que sufre por ellos. Ahora bien, él no los ha evangelizado, sino su compañero Epafras; además, está muy lejos y separado por cautividad. Ningún lazo humano puede explicar que el apóstol sufra por los Colosenses. No es presuntuoso, puesto que ni siquiera les habla de su ejemplo de firmeza y fidelidad en soportar los males en la cárcel. Si dice que sufre por ellos, es porque cree en una relación mística entre todos los que confiesan a Cristo y son fieles a su Cuerpo, la Iglesia.

El sufrimiento, que da acceso a la intimidad especial con Jesucristo, nos permite una intercesión más ferviente y constante. Estamos tan cerca de él que podemos confiarle mejor las penas de los hombres nuestros hermanos. Estamos como san Juan, el discípulo que tanto quería Jesús, inclinado sobre su pecho en la tarde del Jueves Santo, para escuchar de él los consuelos auténticos y transmitirle las preguntas de nuestros hermanos angustiados.

Y esta intercesión lleva consuelo para estos hermanos que sufren, incluso aunque estén muy alejados, pues en la comunión de los santos todos nos asemejamos a Cristo y a su Cuerpo , que es la Iglesia. Nuestros dolores, que llevan en nosotros la imagen de Jesucristo crucificado, nos permiten hablar mejor de él y con mayor eficacia. Nuestro sufrimiento se convierte en una viva intercesión. Podemos, mediante nuestros dolores convertidos en oraciones, actuar poderosamente con nuestro hermanos de todo el mundo. Somos, incluso en eso, servidores inútiles. Dios podría pasar de nosotros, pero quiere hacernos sus colaboradores.

Al saber que nada es vano en nuestro dolores- si es que los soportamos por Cristo- entonces reproducimos la imagen de Jesucristo crucificado en nuestra carne y nuestra oración por los demás se hace fuerte. Podemos entonces encontrar nuestra alegría en los dolores de Cristo en nosotros mismos.

LA VIDA LITURGICA

El cristiano moderno no tiene ya tiempo para un programa diario importante de disciplina espiritual. Le hace falta recurrir lo más a menudo posible al retiro espiritual en el que, entrenado por la vida litúrgica de una comunidad, con la confesión y la dirección, pueda retomar un soplo ante Dios.

Le es indispensable, en la agitación dela vida moderna, encontrar constantemente la alabanza de la Iglesia en la vida litúrgica. Más que nunca, la liturgia es un lugar esencial y una forma vital de la existencia para el cristiano.

No es exagerado hablar de una vida litúrgica. En efecto, Cualquiera que se adentre en la escuela de la tradición litúrgica de la Iglesia,, cualquiera que haya comprendido y experimentado que la oración de la Iglesia es una riqueza y una fuerza para la vida espiritual, llega a la convicción de que existe un marco necesario y saludable para la vida cristiana, y que toda la vida está comprometida y marcada por los momentos litúrgicos vividos en la comunidad eclesial.
El alma inyecta en su vida interior todo el mensaje de la liturgia y se prepara también para una nueva acción litúrgica. Esta es, de esta forma, el signo de la alabanza del Reino que viene, Reino que está secretamente dentro de cada uno y cuya manifestación se aguarda sin cesar.

La liturgia compromete, enmarca y penetra toda la vida de quien ha entendido todo su valor; hay, hablando con propiedad, una vida litúrgica.
Por la liturgia la comunidad eclesial y el cristiano aprenden a vivir de la Palabra y del Sacramento en la oración, en todos los instantes de su existencia; se sienten totalmente comprometidos con la oración, se dan cuenta de lo que es el "Orad sin cesar" de san Pablo, vuelven a encontrar la función esencial de la criatura que es alabanza de su Creador, y se ejercen en la liturgia eterna del Reino de Dios que es el fin de nuestra estancia de extranjeros en la tierra y de la que nos da una acertada visión el Apocalipsis..

EL SACRIFICIO LITÚRGICO

La liturgia es primeramente un sacrificio de alabanza. La vida litúrgica está completamente dominada, dirigida y resumida por la realidad del sacrificio de alabanza total y gratuita que la Iglesia y el cristiano deben dar al Señor todopoderoso y eterno. La idea de sacrificio es esencial para la concepción de una vida verdadera litúrgica y para la existencia.

La vida litúrgica da el sentido de la unidad del sacrificio de Jesucristo y del nuestro, de la unidad de a fe y de las obras, dela vida espiritual y de la vida moral. Efectivamente, en la liturgia, la obra de Dios y de la Iglesia, la obra del pueblo de Dios en alabanza y en oración, es donde el cristiano encuentra el sentido de su vida que no es otro que la vida misma de Cristo en él. (Gálatas 2.20).

Toda la vida litúrgica es comunión en la obra y en la intención redentoras de Cristo. Es comunión activa con el Cristo crucificado y resucitado en el fervor y en la alegría del Espíritu Santo. La vida litúrgica es la oración del Hijo al Padre en su Cuerpo que es la Iglesia (Romanos 8.26-27). Es una reproducción en el plan de la Iglesia de las relaciones inefables de las personas divinas. Nos permite entrar, mediante la Iglesia, en el misterio de la Trinidad.

Cuando la Iglesia ora en la liturgia, se coloca en la intimidad de su Señor y da una forma siempre renovada a su única y eterna intercesión. La intercesión redentora de Cristo no es un acto puramente histórico, es eterno. El Apocalipsis nos presenta al Hijo como "El Cordero inmolado desde la fundación del mundo" (13.8) y el autor de la carta a los Hebreos declara que "tenemos un Sumo Sacerdote, que está sentado a la derecha del trono de la Majestad divina en los cielos, en calidad de ministro del santuario y del verdadero tabernáculo erigido por el Señor, y no por el hombre..
El, al subsistir eternamente, posee el sacerdocio que no se transforma; y es por eso por lo que puede salvar perfectamente a los que se acercan a Dios, ya que está vivo para interceder por nosotros (8.1-2; 7.24-25).

La intercesión sacerdotal de Cristo es eterna y la liturgia de la Iglesia no hace nada más que reproducirla.

La vida litúrgica es una de las formas esenciales de la vida de Cristo, sacerdote e intercesor en la Iglesia. El papel de la Iglesia es pasar o más bien

dejar pasar en su liturgia la única y eterna intercesión de Cristo crucificado y resucitado.

La actitud de oración en la Iglesia primitiva que nos revelan los Orantes en los frescos de las Catacumbas romanas, con los brazos levantados hacia el cielo, o el gesto de las oraciones en las vigilias litúrgicas, brazos abiertos en cruz, significan exactamente lo que quiere la Iglesia en su oración litúrgica: ofrecer su cuerpo al Espíritu Santo para que manifieste la única intercesión sacerdotal de Jesucristo, Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec.

Esta intercesión, vivida históricamente de una vez para siempre en la cruz, continúa viviendo eternamente en la gloria y sacramentalmente en su Cuerpo, la Iglesia. Esta manifiesta y aplica la intercesión redentora del Hijo de Dios a través de la liturgia que visibiliza y actualiza su pasió y su resurrección.

La Iglesia orante reproduce el gesto del Cristo Sacerdote que ha dejado en ella su única intercesión. Ella lleva a cabo lo que falta en su propia carne a los dolores de Cristo en ella misma. Se ofrece a la acción del Espíritu Santo que, a su vez, intercede por ella con suspiros inefables. "Y el que sondea los corazones sabe que ella es el pensamiento del Espíritu, porque es según Dios la que intercede a favor de los santos" (Colosenses 1,24; Romanos 8.26).

La oración que prepara la plegaria del oficio divino en el rito romano resume muy bien esta concepción del sacrificio litúrgico de la Iglesia que es la reproducción terrestre de la intercesión eterna de Cristo y se confunde con ella":

"Señor, te ofrezco este sacrificio de alabanza uniéndome a esta divina intención que tu mismo mandaste que te ofreciera en la tierra las alabanzas que te son debidas..."

Es esencial que la liturgia se comprenda como una acción sacrificial en la que toda la obra del hombre y de la Iglesia consiste en entrar en la oración de Cristo, con el fin de que él cumpla, en la disponibilidad de nuestras palabras y nuestros gestos, su intercesión redentora, para que él mismo interceda a favor de los santos por el Espíritu Santo. " Señor, que este sacrificio ofrecido bajo tu mirada se consuma por el fuego divino del que el Espíritu Santo abrasó el corazón de los discípulos de Cristo, tu Hijo, nuestro Señor..." dice una oración de la liturgia después de Pentecostés.

Todo el misterio redentor encuentra su manifestación ética y litúrgica actual en nuestro sacrificio: sacrificio total y gratuito; sacrificio de todo nuestro ser comprometido por el bautismo y la fe en el Cuerpo de Cristo; sacrificio que es puro reconocimiento y acción de gracias; sacrificio del que Dios podría pasar, él que es adorado por miríadas del Ejército celestial, pero quiere asociarnos a la obra de su Hijo y a la alabanza de los ángeles y de la creación entera.

"Os exhorto, hermanos, escribe san Pablo, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. No os acomodéis al mundo moderno, sino transformaos por la renovación del Espíritu a fin de que hagáis discernimiento de cuál es la voluntad de Dios: el bien, lo bello, la perfección" (Romanos 12.1-2).

Toda la vida cristiana se entiende bien en esta exhortación. La misericordia de Dios, es decir, todas sus disposiciones de amor, de salvación, redención, son el móvil de nuestra obediencia que es ofrenda de todo nuestro ser en sacrificio. Este no es el de una obra humana , sino que es la ofrenda del único Viviente, del solo Santo, del sólo Agradable, Jesucristo en nosotros.

No es una liturgia exterior y formalista, sino profundamente interior, espiritual, inteligente, el culto en Espíritu y en Verdad. Aquí el apóstol no distingue entre el culto de la Iglesia y la obediencia del cristiano, es todo uno: la vida litúrgica y la vida moral no son nada más que dos aspectos del mismo don de sí mismo todo entero en sacrificio en la comunión de la misericordia de Dios. La liturgia abarca toda la e existencia cristiana, toda la vida es un culto espiritual..

La vida litúrgica en cuanto tal toca las realidades del Reino futuro y permite que no tomemos como modelo el mundo actual, el continuo peligro de la vida cotidiana del cristiano; ella produce la renovación del Espíritu y revela magníficamente el bien, lo bello y la perfección que agradan a Dios.

LA COMUNIDAD LITURGICA

La vida litúrgica exige una verdadera comunidad eclesial de fe, vida y oración. Depende de la fe de la Iglesia en comunión con los santos.

Es toda la comunidad cristiana la que ora en la liturgia; ésta es verdaderamente la plegaria de la Iglesia. De igual modo que el cristiano y la Iglesia deben dejar que la intercesión de Cristo por el Espíritu actúe en la Liturgia- para que la obra de Dios se lleve a cabo-, lo mismo el creyente debe dar paso en él a la intercesión de la comunidad, y ésta a la oración de toda la Iglesia de todos los tiempos y lugares.

Esta actitud de comunión eclesial implica al cristiano y no quiere que se mantenga en la pasividad. La objetividad y la universalidad de la liturgia no dispensan al fiel del fervor y de la participación, de la subjetividad y de la actualidad. El sacrificio único de Cristo en el que nuestra obediencia encuentra su sentido no nos hace pasivos, ni nos dispensa de nuestro sacrificio mediante la intercesión y la acción.

Por otra parte, la vida litúrgica no realiza solamente la comunión individual del cristiano con su Dios en la Palabra, los Sacramentos y la plegaria. No es simplemente comunión en las cosas santas. Eso quiere decir que en la acción litúrgica el cristiano recibe a su Dios y a sus hermanos en la fe. Entra en comunión estrecha y viva con la Iglesia. Así se entiende el valor formativo de la liturgia para la comunidad: es una verdadera edificación, una verdadera construcción de la casa de Dios, un conjunto de miembros del Cuerpo de Cristo.

Otro aspecto de la comunidad litúrgica es la presencia espiritual no solamente de la Iglesia ecuménica militante, sino también de la Iglesia triunfante. A la universalidad de la liturgia se añade su perpetuidad y su continuidad. "Os habéis acercado a la montaña de Sión, ciudad del Dios vivo, escribe el autor de la Carta a los Hebreos, la Jerusalén celeste en donde se encuentran miríadas de ángeles y el cortejo de la Iglesia de los primogénitos inscritos en los cielos"...(12.22-24).

La liturgia cristiana no tiene nada del misterio temible del Monte Sinaí "abrasado por el fuego, lleno de oscuridad, tinieblas y tempestad" (12.18-19), sino que ella establece una comunión apacible y confiada con el Ejército celestial y la Iglesia triunfante "de los espíritus de los justos que han llegado a la perfección" (12.23).
Esta realidad subrayada intensamente en las liturgias tradicionales (prefacios eucarísticos, mementos...) es muy importante. Da en primer lugar un espíritu de humildad.

No hemos inventado nada, no tenemos que imaginar que hoy vamos a crear un culto nuevo muy actual y adaptado; la experiencia de la oración de, de Iglesia , de todos los santos, es mucho más profunda que nuestra pequeña experiencia personal o comunitaria. Todos los santos están allí para recordarnos que ellos han celebrado esta liturgia antes que nosotros, cantado los Salmos, dicho el Padre nuestro y el Credo y el Gloria...y que han encontrado la felicidad; están en la gloria: esperan con nosotros la resurrección y el Reino. La liturgia de toda la Iglesia es una herencia que nos sobrepasa, nos enriquece, y en la que tenemos que hallarnos como en un tesoro.

Además, esta comunión con los ángeles y los santos nos recuerda que la liturgia no tiene su valor por el número de los que participan en ella. La liturgia es oración de toda la Iglesia, para toda la Iglesia y para todos los hombres; los ángeles y los santos de todos los tiempos están allá con Cristo. Es a la Jerusalén celeste, llena de ángeles y de santos, a la que nos acercamos con Jesús el "mediador" (Hebreos 12.22-23), cuando celebramos la liturgia de la Iglesia.

Si la liturgia es la experiencia de oración de la Iglesia por todos sitios y siempre, no es sólo una expresión colectiva que trate de recrear constantemente la fe y la vida actuales de los cristianos, Expresión y experiencia de la oración de la Iglesia por el Espíritu Santo, y no tanto un florilegio místico. Tiene un valor normativo. La única norma absoluta es la Palabra de Dios en la Escritura, pero hay normas segundas a las que la Iglesia debe conformarse para no tener que rehacer cn pena experiencias buenas o malignas que ya han sucedido por la tradición.

Si hay una "lex credendi" (una regla de la fe), hay también una "lex orandi" (una regla de la oración). Nos toca a nosotros escucharla por boca de la Iglesia. Pero esta regla de la oración, es una regla en la economía de la gracia, una regla que no constriñe, sino que libera, facilita y alegra. Es una regla del Espíritu Santo en la Iglesia que permite vivir fácilmente de la gracia de Dios.

EL MISTERIO LITÚRGICO

La vida litúrgica implica la presencia actual y objetiva del misterio redentor.

Los sacramentos, y en particular la eucaristía, que están en el corazón de la vida litúrgica de la Iglesia, subrayan esta presencia actual y objetiva de Cristo y de su redención. La liturgia de la Iglesia ha sacado esta certeza del misterio de Cristo que se cumple en ella. La Antigua Alianza, que celebraba el culto del Dios verdadero, veía en la liturgia de los sacrificios un acto religioso humano, divinamente codificado, pero era una obra del hombre ascendiendo hacia Dios. Hay una separación marcada entre la liturgia de Israel y Yahvé que se oculta en los cielos, en el arca, en el tabernáculo en el Santa Sanctorum.

El paganismo, y en particular los cultos a misterios en los que se celebraban liturgias donde la realidad de la presencia del dios se afirmaba por la fuerza. Estos cultos dirigían una oración a dioses que no son de su naturaleza. (Gálatas 4.8).

Por una parte, un Dios lejano, por otra una liturgia sin verdadera orientación. La Iglesia debía hacer en su liturgia una síntesis perfecta, la que celebra Dios mismo en Cristo por el Espíritu Santo.

La Carta a los Hebreos nos muestra a Cristo sacerdote eterno según el orden de Melquisedec. Su sacerdocio no pasa, su sacrificio es perpetuo, su intercesión siempre actual. La liturgia nos hace revivir a cada uno personalmente lo que Cristo vivió histórica y humanamente en el tiempo de la encarnación, y que continúa viviéndolo actualmente como intercesor en la gloria. Nos hace contemporáneos de Jesucristo, nos coloca a la vez en el Calvario al pie de la cruz y en la gloria delante del trono del Cordero inmolado.

Esta visión apocalíptica del Cordero inmolado (Apocalipsis 5.6) simboliza admirablemente la acción litúrgica de la Iglesia.
Es alrededor del trono del Cordero donde se realiza la liturgia, él es el centro y el actor esencial del misterio. Está como inmolado, eso es todo el misterio litúrgico y sacramental: lo que él cumplió de una vez para siempre en el altar de la cruz, el sacrificio de su pasión, se cumple eternamente en el santuario celeste, el sacrificio de su intercesión está real y sacramentalmente presente en la liturgia de la Iglesia.

La Iglesia está ahí, reunida, reviviendo contemporáneamente a Cristo, el único y eterno sacrificio que ella contempla en aquel que, glorioso, lleva

aún las marcas de su pasión, su intercesión eterna de Cordero inmolado. La Iglesia, en la comunión de este sacrifico vivido, ofrece su propio sacrificio de alabanza agradecida que asume el propio Cristo: "Los 24 Ancianos se prosternaron ante el Cordero; cada uno de ellos tenía un arpa y copas de oro llenas de perfume que son las oraciones de los santos" (Apocalipsis 5.8).

Tenemos un altar, dice la Carta a los Hebreos, y quienes ofician en el tabernáculo no tienen derecho de comer". (13.10). La Iglesia tiene hoy, siempre presente en medio de ella, un altar en el que converge toda liturgia, y es la cruz de Jesucristo y el trono del Cordero inmolado. Santo Tomás de Aquino escribió a propósito de este texto:" Este altar es o bien la cruz de Cristo en la que él se ofrece, o Cristo mismo en quién y por quién ofrecemos nuestras oraciones". El altar es la cruz y el trono del Cordero, del que comemos en el sacramento de la Eucaristía y también de su Palabra viva, leída, predicada, rezada en toda la liturgia; verdadero alimento y asimilación del gran misterio de nuestra redención.

La liturgia que es vida y compromiso, refleja la encarnación, compromete al toda la persona y a la creación (gestos, actitudes, voces; pan, agua, vino, aceite, fuego, etc.).

Los sacramentos y los símbolos de la liturgia manifiestan la unidad en Cristo del orden de la creación y el de la redención; significan que la vida del cristiano forma un todo, no está dividida en una vida humana y social que hay que santificar y una vida espiritual e interior que santifica, La vida litúrgica desborda toda la existencia del cristiano, la enmarca, la lleva y le da el verdadero sentido profundo; los sacramentos y los símbolos representan aquí u papel capital.

La adopción por Cristo y la Iglesia de elementos sensibles de la creación para significar la presencia y la obra de Dios, tiene un sentido profundo. Cuando la liturgia es puramente interior- el culto en espíritu y en verdad- corre el riesgo de crearse una ruptura entre la vida diaria y la vida espiritual. Al contrario, la liturgia que hace uso del cuerpo, gestos, actitudes, ciertos símbolos tomados de las materias más corrientes, crea la unidad de la existencia cristiana. Se encuentra en a vida lo que utiliza el culto, y el símbolo crea así un lazo entre lo cotidiano y lo eterno; toda la vida se convierte en sagrada. Se encuentra en el culto elementos de la vida diaria, esos elementos la vuelven así en un culto concreto, sencillo y natural: la liturgia llega a ser humana y popular.

Es toda nuestra persona la que se sumerge en la adoración; hace falta que todo nuestro ser rece según las posibilidades de cada una de sus funciones. Ahora bien, el símbolo tiene la posibilidad de orientar ciertos aspectos de nuestro ser hacia Dios, según los modos propios de las diversas facultades de nuestra persona. Es necesario entender el símbolo en el culto del sentido pelagiano, en el que él sería como un escalón que permita al alma elevarse hacia Dios, pero en el sentido de la encarnación es Cristo que viene a nuestra persona para llevarla , según sus capacidades y funciones naturales, A la adoración del Señor.

El símbolo, la belleza, el arte en la liturgia son una manera de "hablar en lenguas". Ciertos seres no pueden expresar su fe mediante las palabras. Otros son más sensibles a signos que a las palabras. Es el problema de la comunicación que se plantea a todos; lo mismo que en los tiempos de la comunicación humana era difícil por las lenguas, la liturgia ha permitido a los cristianos comprender místicamente en Cristo, así en los tiempos de la Iglesia hay expresiones de la Palabra de Dios en signos más fáciles de entender que por la inteligencia. Por eso algunos pueden expresare mejor según sus dones y otros comprender mejor e interpretar según los suyos.

La liturgia es la fiesta de la familia de Dios, en la que cada uno puede encontrar la expresión de su alabanza y de su súplica, de su alegría y de su consuelo. Es el lugar de la paz en Dios, en donde se restauran nuestras fuerzas para el combate de este mundo. Pero es también el lugar en el que delante de Dios ejercemos nuestra función cristiana de servicio de los hombres.

En la liturgia ofrecemos el sacrificio de nuestra vida, unido al perfecto sacrificio de Cristo, y en este movimiento de ofrenda de nosotros mismos y del mundo al Padre, en Cristo por el Espíritu, aprendemos siempre de nuevo a dar a nuestra existencia diaria el sentido de entrega a los hermanos los hombres.

Es en la liturgia en donde los fieles de la Iglesia aprenden su papel más profundo de testigos y de servidores de Dios siempre y cuando mantengan en su existencia que son ellos los que llevan a cabo la unidad de toda su vida en Cristo; y que esta existencia tiene el sentido de una vida orientada hacia el Reino de la adoración eterna.

INDICE

ACCION Y CONTEMPLACIÓN

- **la unidad de le persona**
- **el combate**
- **el estadio**
- **el entrenamiento**
- **la sencillez y la alegría**

LA VIDA DE ORACIÓN SIMPLE

- **la contemplación de Cristo**
- **la comunión de los santos**
- **la obra de Dios**

EL SUFRIMIENTO COMO ORACIÓN

- **el aguijón de la carne**
- **lo que falta a los dolores de Cristo**

LA VIDA LITURGICA

- **el sacrificio litúrgico**
- **la comunidad litúrgica**
- **el misterio litúrgico**

Traducción: Felipe Santos Campaña, Salesiano

Málaga- Abril- 2004